

El Monseñor José Vicente Castro Silva  
Rector eximio, sabio maestro y espíritu  
patriota, la Asociación de antiguos alumnos  
en reconocimiento de su magisterio memorable  
por cuya virtud el Colegio Mayor de Rosario  
mantiene del Rosarío magisterio y mantiene  
su secular prestigio como conciencia que ha  
de la República y de los nobles valores  
de su historia.

Rosario, año de 1962 y 320 de su Rosarío

El Monseñor José Vicente Castro Silva  
Rector eximio, sabio maestro y espíritu  
patriota, la Asociación de antiguos alumnos  
en reconocimiento de su magisterio memorable  
por cuya virtud el Colegio Mayor de Rosario  
mantiene del Rosarío magisterio y mantiene  
su secular prestigio como conciencia que ha  
de la República y de los nobles valores  
de su historia.

La responsabilidad de que por parte de nosotros se haya  
podido cumplir con el deber de maestros y de hombres  
de bien, es un deber que nos obliga a ser conscientes  
de la importancia de nuestra labor y de la necesidad  
de mantenerla con el mismo espíritu de dedicación  
y de amor que nos movió al momento de comenzar  
esta labor. Nos sentimos orgullosos de haber podido  
contribuir a la formación de una generación de  
hombres y mujeres que hoy son los protagonistas  
de la vida de nuestra patria.

En el momento de despedirnos de ustedes, queremos  
reiterarles nuestro agradecimiento por haber sido  
parte de esta gran labor. Queremos también  
pedirles que continúen manteniendo el espíritu  
de dedicación y de amor que nos movió al momento  
de comenzar esta labor. Nos sentimos orgullosos  
de haber podido contribuir a la formación de una  
generación de hombres y mujeres que hoy son  
los protagonistas de la vida de nuestra patria.

Con el deseo de que todos ustedes tengan una  
buena noche y un día muy productivo, nos  
despedimos de ustedes. Nos sentimos orgullosos  
de haber podido contribuir a la formación de una  
generación de hombres y mujeres que hoy son  
los protagonistas de la vida de nuestra patria.

Con el deseo de que todos ustedes tengan una  
buena noche y un día muy productivo, nos  
despedimos de ustedes. Nos sentimos orgullosos  
de haber podido contribuir a la formación de una  
generación de hombres y mujeres que hoy son  
los protagonistas de la vida de nuestra patria.

Con el deseo de que todos ustedes tengan una  
buena noche y un día muy productivo, nos  
despedimos de ustedes. Nos sentimos orgullosos  
de haber podido contribuir a la formación de una  
generación de hombres y mujeres que hoy son  
los protagonistas de la vida de nuestra patria.

DISCURSO DEL M. I.  
SEÑOR RECTOR



Señor Presidente de la República, Patrono del Colegio.  
Eminentísimo señor Cardenal Arzobispo Primado.  
Señores:

La circunstancia de que por más de cincuenta años me haya visto vinculado al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario ha sido ocasión de que vuestra benevolencia me prodigue estas manifestaciones de entrañable amistad. Cuanto menos descubro mis méritos y cuanto más acuso mis deficiencias en tan largo período, más crece en mi ánimo el sentimiento de inmensa gratitud que me embarga y que falto de las palabras adecuadas, apenas me deja balbucir esta conmovida acción de gracias.

Os las debo primeramente a Vos Señor Presidente de la República, Patrono del Colegio, por haberos dignado aceptar este homenaje. Os lo debemos como ciudadanos por la labor ingente y abnegada que habéis realizado en beneficio de la Patria, labor serena, vigilante y luminosa que os ha dado puesto eminente entre los educadores del pueblo colombiano.

Os ofrezco asimismo el testimonio de mi gratitud a Vos, Señor Doctor Zuleta que no solo habéis interpretado noblemente el afecto rosarista que nos une, sino que le habéis añadido el brillante eslabón que es grata memoria de los tiempos idos.

La índole peculiar del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, resulta del fin que le señaló su fundador y de los medios principalísimos con que lo dotó en vista de aquel fin.

Para definirle puntualmente y de manera que toda tergiversación se haga imposible, es preciso atenernos a las palabras mismas del ilustrísimo señor maestro fray Cristóbal de Torres. Dice él en sus Constituciones, que entiende por "Colegio Mayor una congregación de personas mayores escogidas para sacar en ellas varones insignes, Ilustradores de la república con sus grandes letras y

con los puestos que merecerán con ellas, siendo en todo el dechado de culto divino y de las buenas costumbres, conforme al estado de su profesión" (Título II).

Varones insignes por sus letras y costumbres, es lo que pretende sacar fray Cristóbal de este Colegio Mayor. Y si respecto de las costumbres no podía señalar otra norma que la que señaló, es a saber, la estricta moral cristiana, tal como la enseña y propone la Iglesia Católica, respecto de las letras determinó que nos guiásemos por la doctrina de Santo Tomás de Aquino, no sólo para seguirla, mas para "sacarla fuera y hacer en ella y las demás facultades varones consumados" (Título III capítulo 1).

Si en otros tiempos fue lugar común el menosprecio y vilipendio de aquella "sabiduría perenne" que se encierra en la filosofía escolástica, y señaladamente en las obras del doctor de Aquino, hoy sería hasta inoficioso ponderarla, visto que en los más grandes y auténticos centros de cultura, ortodoxos o no, es estudiada y reconocida como un genuino sistema de dirección humana, así en lo individual como en lo social. Advirtamos de pasada que el raudal tomístico se integró con el saber de Aristóteles, el más sutil y el más universal de los ingenios de Grecia; con la doctrina de San Agustín, cuya pujanza espiritual logra espléndidos renuevos al cabo de mil quinientos años; con la sagaz investigación de la naturaleza que le dio al Magno Alberto puesto de honor y primacía entre los escudriñadores de la fuerza y de la vida; y notemos también que de Santo Tomás arranca toda una serie de maestros que han dejado huella perdurable, y tan luminosa como perdurable, en las ciencias a que se aplicaron. Así Suárez el Eximio en el derecho internacional; así el cardinal Mercier, cuando se puso a la tarea de armonizar las intimidades de las ideas tomísticas con las revelaciones de las ciencias positivas; así en otra esfera M. Blondel, al interpretar sagazmente la filosofía de la acción.

Contra lo que vulgarmente se dice, Santo Tomás no fue un ingenioso rebuscador de sutilezas y abstracciones, perito en logomaquias y sistemáticamente alejado de la realidad, sino un altísimo teólogo, filósofo y político que antes de ponerse a averiguar las normas supremas que presiden a las relaciones del hombre con Dios, las leyes últimas de la naturaleza y los ápices de la moral individual y social, entrando en esta cuenta los principios del gobierno humano, y de la contratación ciudadana, se

puso en contacto de inteligencia y observación con las cosas mismas, con la realidad tangible y viva. De ahí esa copiosa erudición, extraordinaria para su tiempo, que atesoró en numerosos tratados de ciencias naturales.

Cambiar los ejes y los quicios de la conciencia rosarista, no lo tolerarían seguramente ni nuestros orígenes, ni la historia nuestra; menos aún los grandes nombres que discurren gloriosos por todos los cielos de nuestra epopeya nacional y que por juicio de la Providencia tienen perpetuo arraigo en este Colegio del Rosario. Los próceres engendraron esta patria nuestra, y en aquel trance imponderable agotaron sus vidas. No cuesta menos el nacimiento de una soberanía destinada a vivir siglos y siglos. Pero luego fue menester asegurar el crecimiento y la prosperidad de la recién nacida república, porque si de la conservación del universo se dice que es una creación continuada, de la subsistencia honrada y pacífica de una nación pienso que podría decirse que es una independencia que se renueva por momentos. Así, otros y otros próceres vaciados en los moldes primeros tenían que sucederse para defender a la república. ¿Defenderla de qué? Pues sencillamente de las mil y una causas de servidumbre que habrían de salirle al paso con intento de reducirla y enterrarla.

Porque en servidumbre pára y en intolerable miseria —las letras divinas la anunciaron y las estadísticas recientes lo comprueban— el envilecimiento de las costumbres, la inconstancia de los apetitos, la elasticidad de las conciencias y la flojedad de los caracteres. En servidumbre se traducen la ignorancia de sí mismo que da lugar al desgobierno de la vida, y la ignorancia de las realidades en que deben desarrollarse el yo individual y el yo nacional, ignorancia ésta que apareja ora la ociosidad caprichosa que sólo es fecunda cuando se trata de inventar necesidades, ora el desvío hacia la propia tierra que se reputa estéril o ingrata, porque no se conocen ni sus posibilidades, ni sus recursos, ni su generosidad.

Y también se traduce en servidumbre el menosprecio del trabajo individual, que quizás no tenga su origen únicamente en la desidia, sino en otra ignorancia, es a saber, en la ignorancia de las fuentes de riqueza que podrían explotarse en nuestro territorio, y que por ser incógnitas no provocan a nadie y dejan los

ánimos a merced de la enfermedad burocrática. Mejorar el conocimiento y la visión es necesario para evitar estas y otras servidumbres, y así podemos rastrearlo mirando lo que acontece en el dominio de las ciencias económicas y jurídicas que, a nuestros ojos, van descubriendo día por día horizontes más vastos, revelando profundidades enantes no sospechadas, enlazándose con casi todos los ramos del saber humano y buscando apoyo y comprobación en otras ciencias aparentemente muy ajenas al derecho. La menor de sus cuestiones puede tener inacabables resonancias; los penalistas saben muy bien que hoy no manejan una tarifa o arancel de sanciones, sino que les corresponde justipreciar la vertiginosa complicación del ser humano y de sus acciones; los hacendistas no son ya meros registradores de los dineros y producción nacionales, sino que viven midiendo y compasando las oscilaciones sucesivamente brutales y sutiles de la riqueza pública; los economistas no pueden tomarle el pulso a los problemas de producción y de consumo, sin atender a muchas cuestiones de orden puramente físico y climatérico; y, en otra esfera, los juristas, que pudiéramos llamar trascendentales, no podrían discurrir atinadamente sobre los negocios de la soberanía o de las relaciones de nación a nación, si no estuvieran muy bien informados de cuánto valen y cómo se aprovechan los bienes que recata nuestro suelo y cuya explotación no se adelanta sin el concurso de los intereses extranjeros.

No es la época presente muy propicia al culto de las tradiciones. Piensan algunos que la evocación de la antigüedad, de las ideas que la animaron y de los sucesos que la hicieron memorable, apenas son materia de investigaciones arqueológicas; habrá otros para quienes los años pretéritos guardan simbolismos de ruina, mas no fecundidad de simiente; otros verán en los tiempos que fueron una mole de reminiscencias estériles que embaraza las vías del porvenir; otros, en fin, desestiman las cosas remotas porque no se han parado a meditar en una ley universalísima según la cual el momento que de presente se vive dependen más de lo pasado que de lo futuro, porque, querámoslo o no, el pasado es una realidad que se perpetúa, y el futuro es apenas una aspiración de consistencia problemática.

Un raudal sorprendente de grandeza fluye de estos orígenes remotos; hombres y doctrinas, hazañas y virtudes se acumulan

en ese intervalo de 310 años, durante los cuales, y a través de muchas vicisitudes, contribuyó el Colegio al engendramiento del "alma nacional". Porque al influjo de las Constituciones características del Rosario, y bajo la tutela y patrocinio de la Religión a que la Santa imagen de la Bordadita sirve de cifra y de emblema, se criaron tantos varones egregios cuya enumeración suena en los oídos de todo colombiano como una prodigiosa lección de imperativos que nos impulsan de continuo a amar lo que ellos amaron, a engrandecer lo que ellos dejaron asentado, a preservar lo que ellos adquirieron y a realizar lo que ellos ambicionaron para el bien de la República.

¿Será inútil y vana esta rememoración de los años antiguos? ¿Será impertinente el propósito de exhibir ante la juventud de hoy la fe y los empeños de las generaciones que nos precedieron? ¿Andará descaminado el Colegio Mayor al afirmar la educación y formación de las mentes nuevas sobre los cimientos primordiales del dogma católico y de los ejemplos que nos legaron los Padres de la Patria? Hacer estas preguntas y averiguar el valor y autoridad de la tradición en la vida de un pueblo, son cosas muy conexas; y tengo por cierto que no hay entre nosotros una sola persona que quisiera ver roto el hilo de oro que nos une espiritual y cronológicamente con nuestros mayores, y pretendiera buscar exclusivamente en la adivinación del porvenir las normas directrices de la existencia y del incremento nacional. Porque el futuro es de suyo, y más en esta hora, rebelde a los cálculos y previsiones humanas, fértil en sorpresas desconcertantes y en reacciones insólitas, y para no ser víctimas de sus mudanzas subitáneas es menester equilibrar los anhelos legítimos y presurosos que provoca, con el caudal de fuerzas que paulatinamente se han juntado en la conciencia por obra y merced de la tradición. La suprema armonía del universo, ésa que conserva el andar acompasado de los astros, ésa que embelesaba el sentir de los griegos con números y acordes de trascendente música, ésa que nos asegura la sucesión renovadora de la noche y del día, fundada está en la atracción que lo encadena todo a un centro propio, no menos que en el ímpetu que, abandonado a sí mismo, trastornaría las órbitas, y, destrenzando la mecánica de los cielos, precipitaría los mundos en confusión y amalgama caótica. Así los pueblos y naciones, astros y planetas del sistema humano, no pueden producir esa otra armonía divina que se

llama la paz estable y próspera, sino cuando las fuerzas que los convidan y urgen desde el seno ignoto del porvenir, están racionalmente compensadas por las fuerzas que los unen con un centro robusto. Centro en que los antepasados destilaron lo más exquisito y acendrado de sus vidas para crear y precisar aquel tipo y semblanza peculiares, fruto de la unidad de pensamiento y de destino, que luego habría de individualizar inconfundiblemente a la nación cada vez que saliera a alternar con las otras sociedades humanas.

Por esto invocamos la tradición en este Colegio Mayor, material y moralmente compenetrado de memorias y ejemplos que no vacilo en apellidar centrales, por cuanto de ahí han procedido en no pequeña parte, muchas de las virtudes y atributos que, cuando lleguen a su cabal florecimiento, podrán constituir el carácter definido, el quilate de distinción y la prerrogativa de personalidad que nos son indispensables.

Nombrando el Colegio del Rosario desandaís las centurias y os ponéis en la presencia de Fray Cristóbal que prodigó riquezas y desvelos a trueque de firmar aquellas sus Constituciones que, en su esencia siguen siendo letra viva entre nosotros. ¡Cómo no han de serlo si en las fojas del venerado Estatuto campean, junto con el nombre de la República, los mandamientos reiterados para “criar aquí varones que la ilustren! . . . Ese nombre y esos mandamientos hacen de Fray Cristóbal de Torres un genuino Precursor de la Independencia, un Padre de la Patria futura, y un ejemplo de la auténtica tradición que sacó de su época y de las anteriores los elementos humanos y los impulsos conducentes para que en 1810, quedara al descubierto, contrastada y a veces inerme, pero definitivamente viva, nuestra esencial soberanía.

Emporio de patricios y caudillos, escuela de sabios, reliquia afinada a costa del hondo meditar de los prudentes, este albergue intelectual y este domicilio de próceres perfila y destaca la silueta de sus muros sobre el horizonte de la Historia Patria. Sus cimientos están consagrados con el sudor de antepasados hidalgos, sus pavimentos con sangre de víctimas, sus columnas se levantaban simultáneamente con los pilares de templos famosos, con las ermitas de apartadas misiones, con los baluartes y fortines de la Ciudad Heroica, cuya misma grandeza los hizo

inacabables y los dejó inconclusos. Y a tiempo que bucaneros y piratas llevaban estrago por todo el litoral de Tierra Firme, sonaban aquí las campanas que llamaban a oración y a estudio a los primeros colegiales: sus sucesores abastecerán con sus merecimientos nuestra Gesta Magna y algunos de ellos perseverarán, inmortalizados en bronce o en mármol para decoro de las ciudades colombianas.

Y desde ellos hasta los días presentes se extiende un áureo hilo de continuidad, y es dádiva singular de Dios y providencia de la “Bordadita”, que en ningún tiempo hayan faltado aquí los que, a semejanza de los lampadóforos de Grecia, recibieron en sus manos juveniles, temblorosas por la emoción de la vida que se anuncia, la antorcha inextinguible que les transmitían otras manos temblorosas por la emoción de la vida que concluye.

MARMOL DESCUBIERTO  
POR LOS ESTUDIANTES